

ANDRÉS ELOY BLANCO: POETA DE LA PATRIA Y DEL EXILIO

Jesús Puente Leyva

«Y saldré vertical en el récord de altura con que los muertos libres suben a las estrellas».

Andrés Eloy Blanco

En el Centenario de su nacimiento -antes que muchos, y después de todos- México rinde homenaje a Andrés Eloy Blanco, venezolano universal, humanista y luchador social, político, periodista, tribuno, diplomático... y, sobre todo, poeta a la altura del arte. Los méritos del hombre de Cumaná cabalgan en la sinceridad; poéticamente, sus palabras trascienden y le hermanan, por derecho propio, con toda la familia humana.

A cien años de su nacimiento, recordamos que Andrés Eloy Blanco fue un hombre íntegro, paradigma de bien. En el llano, y de la costa a los Andes, la palabra del poeta se sigue escuchando en plenitud que va de lo coloquial y costumbrista a lo conceptual y universal... lenguaje afortunado que conjuga, amorosamente, la alegría expresiva y el sufrimiento discreto del pueblo, el agravio inmerecido con el perdón cristiano, el canto dolorido y el júbilo vital.

Andrés Eloy Blanco -recuerda Miguel Otero Silva- fue un activista político que escribió versos combativos contra la tiranía, editó periódicos clandestinos, y conspiró -por causas de bien- en el seno de la hermandad universitaria. Finalmente fue a parar a la sala de torturas y a un calabozo de la Rotunda; de ahí, al Castillo de Puerto Cabello... siempre engrillado, enfermo, incommunicado varios años. Salió de ahí, tuberculoso, cuando sus verdugos creyeron que se les iba a morir.¹

Después -a la muerte de Juan Vicente Gómez- se embarcó en una

comprometida militancia política y en una intensa labor intelectual, que lo llevaron a presidir la Asamblea Constituyente de 1945. Más tarde, siendo Canciller del gobierno de Rómulo Gallegos, Venezuela vivió el drama del cuartelazo y de la infamia. Empezó para el poeta la experiencia del exilio.²

Con el dolor profundo del destierro, llegó Andrés Eloy Blanco a México en 1948... cruel imposición de la partida, e imposibilidad del retorno. Sin embargo, ésta no era experiencia nueva. Dos veces antes, en este siglo, México había sido tierra de cobijo para los perseguidos políticos de Venezuela: durante la dictadura de Gómez, primero; más tarde, nuevamente, «cuando López Contreras cedió ante las presiones del neogomecismo y embarcó en el Flandre a veintitrés combatientes de oposición». El México de Lázaro Cárdenas recibió con generosidad a esa segunda ola de desterrados. Por último -recuerda Otero Silva-, durante la dictadura de Pérez Jiménez «los expatriados venezolanos encontraron en México calor de casa propia, como lo encontraron los cubanos que luchaban contra Batista, los nicaragüenses que enfrentaban a Somoza, los peruanos execrados por Odría, los colombianos opuestos a Rojas Pinilla, los dominicanos sentenciados a muerte por Trujillo, los haitianos amenazados por el puñal de Duvalier, o los guatemaltecos perseguidos por el mercenario Castillo Armas».

A México llegaron también, en la antesala genocida de la Segunda Guerra Mundial, decenas de miles de republicanos españoles. México les abrió los brazos, con amor y solidaridad que no fueron igualados por otros países. En los perseguidos de Franco, con dulces paños fraternales, México restañó la ceguera de Occidente, la crueldad

de los caballeros fascistas que masacraron a la República. Por ello, al descender del Sinaia (barco que conducía a los primeros exiliados españoles), en el Puerto de Veracruz, Pedro Garfias leyó un conmovido poema:

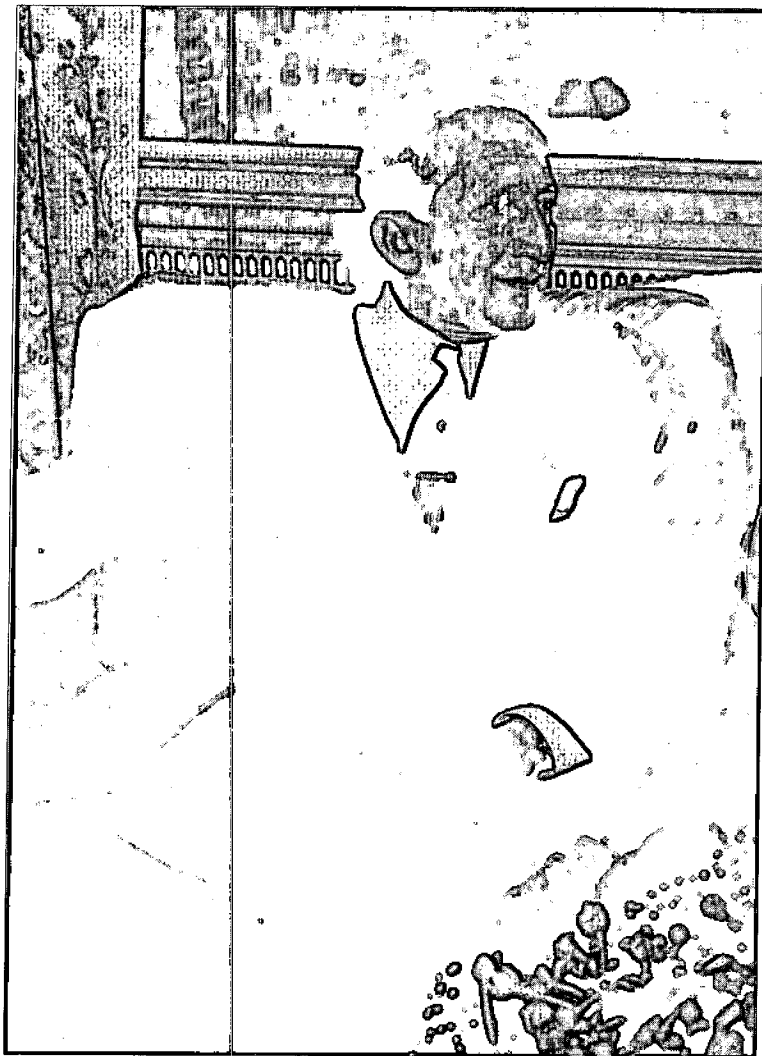
*«Pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar
salada
te va un río español de sangre
roja,
de generosa sangre
desbordada.
Pero eres tú esta vez quien
nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y
nueva España!»*

EXILIO DE LOS VENEZOLANOS EN MÉXICO, ALGUNOS NOMBRES PARA LA MEMORIA

Perseguidos de la dictadura gomecista: Carlos León, Pedro Elías Aristiguieta, Diego Córdoba, Salvador de la Plaza, Gustavo Machado, Horacio Blanco Fombona, Luis Alfredo López Méndez, Bartolomé Ferrer, Carlos Aponte, Alberto Ravell, Ramón Ayala, Víctor Volcán, los generales Ortega Martínez y Emilio Arévalo Cedeño, Guillermo Egea Mier, Manuel María Aponte. Cabe recordar -así sea de paso- que Salvador de la Plaza y Gustavo Machado fundaron en México el Partido Revolucionario Venezolano y la Liga Antiimperialista.

El segundo éxodo político correspondió al Gobierno de López Contreras, quien expulsó a 37 venezolanos acusados de comunistas... aunque no lo fueran. México recibió a todos ellos: a Gonzalo Barrios y a Jóvito Villalba, a Salvador de la Plaza, Carlos Augusto León, Gustavo Machado, Inocente Palacios, Carlos Irazábal, José

Jesús Puente Leyva es Embajador de México en Venezuela.



«Juglar, poeta por la gracia de Dios, y cantor del pueblo por el Dios de su propia gracia»

mexicana, casi en su totalidad, realizó campañas por la liberación de los presos y el restablecimiento de la democracia en Venezuela. Las organizaciones educacionales y culturales se desdoblaron en centros de propaganda antidictatorial y defensores de los derechos humanos, no sólo en relación con Venezuela sino también en servicio de todos los países hermanos que se hallaban atados por cadenas de tiranía. Los núcleos de desterrados venezolanos publicaron en México sus órganos de expresión política «Venezuela Democrática» los de Acción Democrática, y «Noticias de Venezuela» los del Partido Comunista-, amén de la colaboración de muchos en la revista «Humanismo» que dirigía el escritor cubano Raúl Roa.»

HACIENDO DEL DOLOR ELEGÍA Y DEL GEMIDO CANTO

Entonces arribó a México Andrés Eloy Blanco, cargando su casa en los hombros y haciendo el «viaje del caracol». Llegó en la cima de su creatividad. Tenía escrita, para entonces, buena parte de su obra; sin embargo, el exilio mexicano le brindó distancia, espacio y sosiego para escribir algunas de sus obras más importantes. En ellas se ocupó de las cosas íntimas de la vida diaria, y de los temas profundos que hacen volar el espíritu; escribió del amor y del mar, de la tierra y del cielo, de los modestos personajes del quehacer cotidiano; escribió de la esposa, de la prole, de la madre, y de su entrañable Venezuela. En México, Andrés Eloy Blanco refrendó emociones profundas para seguir escribiendo de motivos elementales y de las cosas del pueblo que inspiraron también a Martí y a García Lorca, a Pablo Neruda, a Guillén y a López Velarde,

Tomás Jiménez Arraiz, Miguel Acosta Saignes, Manuel Antonio Corao, Luis Hernández Solís, y Ricardo Razetti, entre otros.

En el curso de varias décadas, otros poetas y narradores venezolanos precedieron o acompañaron a Andrés Eloy Blanco. Allí, en tierras mexicanas, publicó Carlos Augusto León su libro «Los pasos vivientes» («Este México con flores de ejido/donde los hombres viven como hermanos/ y la tierra comparten como un pan»). Miguel Otero Silva publicó en México su primer libro de poemas titulado «Agua y Cauce», y su primera novela titulada «Fiebre». Con el pie editorial de «Cuadernos Americanos», Lucila Velázquez dio a la imprenta su libro «Poesía Resiste».

El exilio de los venezolanos en México, durante la etapa militarista de Pérez Jiménez, sería el mayor de todos. Recuerda Miguel Otero Sil-

va que:

«Por primera vez, entre los venezolanos exiliados, al lado de intelectuales de prestigio aparecieron obreros y campesinos, dirigentes sindicales, mujeres que habían sido víctimas de torturas, gente sin filiación ideológica que la dictadura había perseguido infundadamente; jefes de partidos políticos diferenciados por sus doctrinas pero hermanados en la acción coincidente de enfrentarse a los usurpadores. Correspondiendo a la magnitud del éxodo, la recepción de México a los perseguidos se hizo más amplia y generosa que nunca. La prensa

Su visión estética era, también, expresión de convicciones éticas. De ahí su irrevocable confianza en la bondad del mundo.

En México se ocupó de las cosas íntimas de la vida diaria; escribió del amor y del mar, de la tierra y del cielo, de los modestos personajes del quehacer cotidiano; escribió de la esposa, de la prole, de la madre, y de su entrañable Venezuela.

a León Felipe, a Otero Silva y a Gabriela Mistral. Ahí, convencido de que «*El Hombre es una fuerza que ama*», al amparo de afectos sinceros y de techo acogedor, el poeta siguió escuchando al universo entero palpitando en la secreta voz de una semilla.

Su visión estética era, también, expresión de convicciones éticas. De ahí su irrevocable confianza en la bondad del mundo: «...*lo que hay que ser es mejor/ y no decir que se es bueno*». Con esa inspiración, Andrés Eloy Blanco escribió en México su enorme poemario de *despedida y testamento*: «*Giraluna*» -libro que sería inmortal, profecía de León Felipe.

Poemas del dolor y del destierro; cantos de amor y de esperanza... convicción de que nuestro tiempo y nuestro espacio es éste... y que «*la otra orilla del tiempo no está allá sino aquí*». En esas obras -y en el exilio- el poeta logró convertir el dolor en elegía y el gemido en canto, para compartir con todos. En México, sus últimos poemas fueron frutos generosos y maduros... que cayeron en buenas manos.

ASIMILANDO LA OTREDAD

El destierro fue para el poeta estancia de inspiración; fue -también- memoria de persecución y de agresiones. En el destierro, sin duda, Andrés Eloy Blanco recordaba sus luchas extenuantes contra la intolerancia que gobernaba en Venezuela. No olvidaba las sombras del confinamiento carcelario, las humillaciones, la tortura y los grilletes. Pero en su patria prestada le rodearon afectos y le sobraron estímulos: los encuentros cordiales en la casita de Cuernavaca; tertulias y convivios con la inteligencia sensible de México: Lázaro Cárdenas, Alfonso Reyes y Carlos Pellicer,

Andrés Iduarte, Jesús Silva Herzog, Andrés Henestrosa; Isidro Fabela, Fernando Benítez y Mauricio Magdaleno.

Dialéctica del tiempo recuperado: «*El pasado no existe en sí, nosotros lo inventamos. La derrota de la memoria -dice Octavio Paz- es la victoria de la poesía*»... la poesía, que es «*un arma cargada de futuro*». Al tiempo tormentoso de Venezuela, le siguieron -en las propias palabras del poeta- los días más serenos y la época feliz del exilio. Estancia de Cuernavaca, tiempo de dicha: domingos venezolanos en el verdor morelense que recuerda al de Caracas; convivio de arepas y de tortillas. Asamblea de talentos y de espíritus selectos: Rómulo Gallegos, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Rafael José Neri, Ricardo Montilla, Manuel Alfredo Rodríguez, Arturo Briceño y Luis González Herrera, entre otros. En esa atmósfera inspiradora maduraron poemas luminosos; al amparo de afectos y de sosiego nació «*A un año de tu luz*», homenaje conmovedor a la madre ausente, y nació el «*Canto a los hijos*», enorme lección moral para su «Charro turbulento» y para su «Sabio taciturno». Entorno acogedor, íntima-intimidad en el exilio mexicano:

«... *los cuatro en el coloquio
santo
con la esperanza sobre la
almohada,
detrás del sueño y más allá
del llanto...*»

Como poeta, se ha dicho que Andrés Eloy Blanco llegó a ser sabio sin dejar de ser risueño, profundo sin dejar de ser radiante. Romántico, lírico e innovador, con algún matiz surrealista. Fernando Paz Castillo afirma que Andrés Eloy

Blanco «fue siempre un poeta modernista». «Algunos críticos le catalogan como poeta de transición, colocado entre dos épocas y entre varias formas de expresión poética: clasicismo, romanticismo, modernismo, vanguardismo». En cualquier caso, el poeta estaba cierto de que su creación era abarcadora, conceptual, descriptiva y didáctica, un «*canto mural*» sin límites estilísticos. Se sabía a caballo -y por encima- de tendencias y de generaciones; en sus propias palabras: había bebido «*el último trago romántico*», y «*el primer sorbo ultraísta*». Mérito mayor, parafraseando a Alfonso Reyes: Andrés Eloy Blanco supo que la poesía es, al mismo tiempo, estado de alma y efecto de palabras. En los extremos, entendió la poesía como palabreo musical: poesía como la ejercitaron los griegos, como la entendieron los poetas remotos... porque -sin duda- la poesía nació cantada en el gemido primitivo que se quiere hacer palabra, poesía -música y ritmo- en el ágape de todos y en la ceremonia ritual. «**Por mi raza hablará el Espíritu**», dijo Vasconcelos... y por el espíritu -cultura profunda y compartida-, desde siempre, canta el pueblo.

Andrés Eloy Blanco, «*juglar, poeta por la gracia de Dios, y cantor del pueblo por el Dios de su propia gracia*» -dijo Luis Pastori; «*rapsoda errante*» que oía hablar a la gente y hablaba por ella: en el habla melódica y a veces confusa del pueblo, el poeta de Cumaná percibía el «*oleaje del ritmo*», y la «*música del tiempo*».

Andrés Eloy Blanco, como Ezra Pound, estaba consciente de que «*La poesía se atrofia cuando se aparta demasiado de la música*»... tal vez por eso -contrariando petulancias culteranas-, sus poemas los canta el pueblo con melodía de bolero montuno, con aires de polo margariteño, y -valga la irreverencia- con acentos premodernos de ranchera mexicana.

RENACIMIENTO INTERIOR

De Andrés Eloy Blanco se han dicho y -todavía- se dirán muchas

cosas. Sin embargo, este día hay algo que quiero recordar: el espi- gado poeta -»*Bolívar de perfil*», le llamó Alfonso Reyes- llegó a Méxi- co -tierra de «emociones soterra- das y de cortesías espinosas»-, buscando asilo de perseguido, y techo fraterno: una «*sobrepatria*» para rehacer la vida y luchar en la distancia por las libertades de su pueblo. El poeta encontró en Méxi- co una especie de «renacimiento enriquecedor». Llegó Andrés Eloy Blanco a la «*tierra de la flor y el canto*», a los dominios de Netza- hualcoyotl, el Rey Poeta; llegó a donde -antes que él- encontraron refugio otros poetas perseguidos como Martí, Nicolás Guillén, Neru- da y Juan Gonzalo Rose, César Moro, y Ernesto Cardenal; tierra inspiradora donde escribieron sus últimos poemas León Felipe, Pedro Garfias y Porfirio Barba Jacob; don- de encontraron inspiración Artaud y Maiakovsky, D. H. Lawrence, Steinbeck y André Breton, Malcom Lawry, Bruno Traven y Graham Green; México, donde por primera vez editó Pablo Neruda su «*Canto General*», donde escribió su últi- ma novela -de tema mexicano- Ró- mulo Gallegos.

En esa tierra memoriosa, de mes- tiza cultura, el poeta de Cumaná identificó intuiciones que él mismo traía de lejos: tragedia y humor guar- dados en el fondo del alma. Con- vicción de que la vida y la muerte son caras de una misma moneda, tan fina -dijo Cardoza y Aragón-, que se confunden una cara con la otra. Burlas-veras, al poeta vene- zolano le debe haber emocionado, y divertido, el alarde mexicano de amar la existencia con desprendi- miento audaz: reírse con la muerte y jugarse la vida en un *volado*... porque al final del camino -dialéc- tica de lo imprevisible-, como dice la sabia voz popular: «*nadie se muer- re en las vísperas*».

Dramática e irónica, esa convic- ción existencial es puro optimismo. Es, en palabras del propio Andrés Eloy Blanco: «*Vivir una revolu- ción...*» y partir «*por la puerta de un idilio*»; es -a la venezolana- una «*no noción del tiempo*»... es de-

Sus poemas los canta el pueblo con melodía de bolero montuno, con aires de polo margariteño, y -valga la irreverencia- con acentos premodernos de ranchera mexicana.

clarada convicción del poeta, de que -lejos de la Patria- habría de morir «*un día después de su muer- te*».

Por eso, como él mismo había previsto, en la trágica «*mañanita mexicana*» en que -ineludible- «el peligro de la muerte» tendió «su rabo amarillo», las almas se conmo- vieron y los ojos derramaron lágrimas; pero en México nadie creyó, y nadie aceptó, que Andrés Eloy Blanco hubiera muerto...

«*¡Aquí no ha muerto nadie!*»

«*Al que vamos a enterrar es un poeta.*»

Está ahí tendido...

pero no está muerto».

Así, emocionado hasta las lágrimas, se expresó el viejo León Felipe, increpando a la parca:

«*Eh muerte...*

¿*Quién es el último que habla?*

¿*el sepulturero o el poeta?*».

Año de 1955, noche del 20 de mayo, amanecida del 21; fecha triste en que México lloró con lágrimas sinceras al *Girasol* que en nuestras tierras inventó su *Giraluna*. A Venezuela, ese día, el «*hijo grande*» se le murió en tierras dis- tantes. Sin embargo, los mexicanos sabían -lo sabemos todavía, a pesar del pragmatismo antipoético de nuestros días- que cuando mueren los hombres grandes y buenos, los días de duelo son también días de resurrección.

Esa noche larga, en la región más transparente del aire, Andrés Eloy Blanco nació por segunda vez haciéndose leyenda de sí mismo, fiel a su propia vocación de poeta «*útil*», «*altruista*» y «*extraterritorial*».

A ese renacimiento milagroso acudieron, cantadoras y emotivas, las huestes del mestizaje ecuméni- co. Ahí estuvo el palabreo alegre de la Juanbimbada; estuvo la loca Luz Caraballo y estuvo Maisanta; estuvieron Juana Bautista y Sara Catá, Mariela, el ahijado Manolo, la hilandera y el pescador de an- clas. Con melodía mexicana y acom- pañamiento guitarrero de Mangoré estuvieron, juguetones y cucuru- seros, los angelitos de Andrés Eloy -todos los que pueblan el cielo: los blancos, los mestizos... y los «an- gelitos negros».

Desde ese día, cuando las vo- ces eternas que emergen del Ori- noco y del litoral Caribe preguntan ¿quién vive?... voces graves que vienen del Valle de Anahuac res- ponden: aquí, Andrés Eloy Blan- co, hermano de México, hombre íntegro, poeta ejemplar.

NOTAS:

* Conferencia para conmemorar el Centenario del Nacimiento de Andrés Eloy Blanco. Casa Amarilla/Sede del Ministerio de Relaciones Exteriores. Caracas, Venezuela, 3 de julio de 1997 (texto revisado, 10/VII/97).

1. Las referencias al exilio de los venezolanos en México -nombres, fechas y comentarios- se documentan en el texto de Miguel Otero Silva: «México, constante del exilio político venezolano», leído en el acto conmemorativo: «Presencia de Gallegos en México», Sala de Conciertos del Ateneo de Caracas. Caracas, 10 de abril de 1985. Existe una publicación (agotada) de la Editorial Centauro de Caracas, que reúne los trabajos presentados en ese acto conmemorativo, organizado por la Embajada de México.
2. Antes, Andrés Eloy Blanco había estado en México en su calidad de Canciller del gobierno de Rómulo Gallegos, para develar -con emotivo discurso- la estatua de Simón Bolívar, que desde entonces (24 de julio de 1946) se encuentra en el Paseo de la Reforma de la Ciudad de México.